

PRESENTACIÓN

Conozco a Octavio Santa Cruz desde cuando trabajaba en esa maravillosa propuesta de los setenta que era la artegrafía. En esa época, una de sus preocupaciones principales comenzaba a ser la guitarra, pero no la de jarana sino la de concierto, convirtiéndose así en un estudioso del instrumento y llegando a transcribir en partituras cuanto había “heredado” de Victoria, de Nicomedes, de la tradición afroperuana misma.

Estamos, pues, ante una persona con una sensibilidad para el arte con firmes apoyos en la música y por supuesto en la plástica. Pero ese afán lo llevó más adelante a matricularse en la Escuela de Arte de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Marcos. Y durante los años que estuvo allí, el contagio inevitable para un artista era seguir Literatura.

Esto quiere decir que Octavio tiene un camino hecho, sólido, en los quehaceres de la creación, pero también en los de la investigación. Y eso lo ha demostrado en estos últimos años a través de su dedicación al folclore, con especial mención a la décima, la cual fue el tema de su tesis de maestría en el posgrado de Literatura, estudio que esperamos sea publicado por la propia universidad.

Lo que acabamos de decir apunta a que Octavio Santa Cruz tiene una formación artística y académica que merece y obliga a que estemos atentos a sus producciones.

Ahora nos presenta sus *Cuentos de negros*, volumen que trae consigo una propuesta de teoría literaria que esperamos se tome muy en cuenta. Se trata de catorce cuentos independientes, pero con una ligazón fraternal que convierte a esta publicación en lo que podríamos llamar cuento-novela (*cuentonovela*), que es sin duda un nuevo producto literario con algunos antecedentes en la literatura peruana. Es la suma de cuentos, o la suma de relatos, o la suma de cuentos y relatos; entendiéndose al relato como un texto breve, que no tiene conflicto y que se lee en una sesión, de la misma forma que el cuento es un texto corto que sí tiene conflicto y que también se lee en una sola sesión. En este caso, esta sucesión de cuentos está vinculada por tres características: el lugar, la oralidad y la visualidad.

El lugar, entendido como ambiente o locación en los cuales los acontecimientos y los personajes de cada historia pisan la atmósfera de otra, convirtiéndose por estas características en un texto de mayor aliento que el que puede darnos la lectura de un cuento o relato. Ese consabido aliento es novelesco. Bastaría con articular un hilo conductor apenas ambicioso, que pasara por cada uno de los cuentos, para que a través de esa unión tuviéramos en nuestras manos no un libro de cuentos sino una novela. ¿Y cuál es la locación? El barrio.

¿Y qué une a cada uno de los cuentos? La oralidad, la manera de hablar de los personajes, el fraseo popular, los apodos. Porque hay un significativo sentimiento oral en el manejo de este tipo de narración, con apoyos visibles de sensaciones auditivas y olfativas, así como apoyaturas que llevan a los recuerdos de niñez y juventud. Y aquí hay que mencionar algo que es muy importante: el tono coloquial de los cuentos, la línea melódica del discurso invitan amablemente al lector a leer con el oído, porque ese es uno de los valores y aportes de Santa Cruz, una de las características de su estilo. Al usar su narración y su diálogo como recursos para contar convierte a sus textos en metáforas auditivas.

Pero además la calidad de las descripciones a las que echa mano Santa Cruz revela que es un artista acostumbrado al trabajo visual porque es un diseñador. Se trata, entonces, de una sucesión de textos visuales con un registro característico por parte del autor en eso que se llama el acto de contar. Asimismo, en sus cuentos hay una propuesta neocostumbrista, porque en la medida en que los personajes se relacionan, son afines e, incluso, indiferentes, hay un cambio de conducta luego de que la trama ha terminado. Y esto se debe a que los personajes asimilan la enseñanza, asimilan el castigo, y su aprendizaje –a partir de la realidad– se enriquece.

Estamos, pues, ante un libro cuyos contenidos no solo nos van a entretener, sino que también van a enriquecer nuestra manera de ver el mundo, en especial el mundo criollo de los barrios conectados con la negritud, su música, sus danzas, sus décimas, sus tristezas y esperanzas.

Por todo eso Octavio, bienvenido a la narración. Y buena fortuna.

José Antonio Bravo